



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Facultad de Comunicaciones y Filología

MEMORIA CULTURAL DEL NORDESTE ANTIOQUEÑO

María Stella Girón López
(Coordinadora académica)



Fundación
Universidad
de Antioquia

25 Años



FOCO
Fondo Editorial

HISTORIA Y PENSAMIENTO

MEMORIA CULTURAL DEL NORDESTE ANTIOQUEÑO



HISTORIA Y PENSAMIENTO

MEMORIA CULTURAL DEL NORDESTE ANTIOQUEÑO

María Stella Girón López
(Coordinadora académica)



HISTORIA Y PENSAMIENTO

© Colección Historia y pensamiento

© Programa Memorias y archivos literarios. Literaturas y culturas de Antioquia

© Proyecto: Literaturas y Culturas del Nordeste

© María Stella Girón López, Andrés Esteban Acosta Zapata, Sebastián Castro-Toro, Luis Fernando Quiroz Jiménez, Carlos Andrés Hidalgo Holguín, Andrés Alfonso Vergara Molina, Deisy Yamile Arroyave Arenas, Manuel Bernardo Rojas López, Nicolás Naranjo Boza, Félix Antonio Gallego Duque, Juan Esteban Hincapié Atehortúa, Elizabeth Cañas Rodríguez, Claudia Patricia Acevedo Gaviria, Luis Carlos Rodríguez Álvarez

© Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia

© Fundación Universidad de Antioquia

ISBN: 978-958-5596-58-0

ISBNe: 978-958-5596-59-7

Dirección editorial: Andrés Vergara Aguirre

Comité editorial: Luz Stella Costañeda Naranjo, Alba Shirley Tamayo Arango, Mauricio Naranjo Restrepo

Edición: Christian Benavides Martínez

Diseño, portada y diagramación: Juan Esteban Ávalo Valencia

Reproducciones fotográficas de Hugo Villegas Hernández, tomadas de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, y de Luis Carlos Rodríguez Álvarez, tomadas de otros archivos.

Primera edición: octubre de 2020

Impresión y terminación: Publicaciones VID, CI 78 # 52D-93, cotizaciones@fovid.org.co, Itagüí, Colombia

Noviembre de 2020, 300 ejemplares

Impreso y hecho en Colombia. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o con cualquier propósito sin la autorización escrita del Fondo Editorial de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia, fondoeditorialfc@udea.edu.co, (574)2195926

Las imágenes incluidas en esta obra se reproducen con fines educativos y académicos, de conformidad con lo dispuesto en los artículos 31-43 del capítulo III de la Ley 23 de 1982 sobre derechos de autor.

El contenido, las opiniones y el estilo de cada capítulo corresponden al derecho de expresión de los autores y no comprometen el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor de las fuentes citadas.

LC 2281.A6
986.1/26-dc23

Memoria cultural del nordeste antioqueño / María Stella Girón López, editora académica.
-- 1. edición -- Medellín: Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia; 2020.

240 páginas.

ISBN: 978-958-5596-58-0

ISBNe: 978-958-5596-59-7

1. Nordeste antioqueño (Región, Colombia) - Vida social y costumbres. 2. Patrimonio cultural - Nordeste antioqueño (Región, Colombia). 3. Nordeste antioqueño (Región, Colombia) - Historia y literatura. 4. Músicos - Antioquia (Colombia). 5. Intelectuales - Antioquia (Colombia). I. Girón López, María Stella, editora. II. Título.

Catalogación en publicación de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

RUTAS DE LECTURA

8

Presentación

María Stella Girón López

15

La identidad antioqueña y su tratamiento literario

Andrés Esteban Acosta Zapata

Sebastián Castro-Toro

37

Modernización de la provincia de Antioquia e inmigración.

Carlos Segismundo De Greiff

Luis Fernando Quiroz Jiménez

Carlos Andrés Hidalgo Holguín

63

El poema “Bárbara Jaramillo” del humorista liberal Manuel Uribe Velásquez

Nicolás Naranjo Boza

87

Federico Velásquez Caballero:

Exploración literaria del Nordeste (1860 - 1870)

Andrés Alfonso Vergara Molina

107

“El machete” de Julio Posada

Rodríguez: un cuento ilustrado y heterogéneo

Deisy Yamile Arroyave Arenas

135

León Zafir: el rosal salvaje y el parterre citadino

Manuel Bernardo Rojas López

151

La herencia literaria hispánica en la obra de Tomás Carrasquilla: presencia de “La cueva de Montesinos” de Cervantes en *Frutos de mi tierra*

Félix Antonio Gallego Duque

165

Trayectoria de Tomás Carrasquilla en *El Espectador* (Medellín 1913-1915)

Juan Esteban Hincapié Atehortúa

179

Francisco de Paula Rendón editado por *Alpha*

Elizabeth Cañas Rodríguez

193

Isabel Carrasquilla: ‘el estigma de la mancha de tinta’ en la literatura antioqueña de los siglos XIX y XX

Claudia Patricia Acevedo Gaviria

213

Aproximación a las músicas y los compositores del nordeste antioqueño

Luis Carlos Rodríguez Álvarez

231

Índice analítico

235

Índice onomástico

LA IDENTIDAD ANTIOQUEÑA Y SU TRATAMIENTO LITERARIO

Andrés Esteban Acosta Zapata *

Sebastián Castro-Toro **

INTRODUCCIÓN

Este capítulo es un sucinto esfuerzo por acercarse al problema de la identidad antioqueña. Como todo acercamiento, la labor emprendida solo puede acceder al fenómeno parcialmente, tratando de poner la atención en algunos rasgos destacados, y no pretende ser concluyente sobre un asunto de considerable complejidad. Esta aproximación partirá de la literatura como fuente, entendiéndola como una de las producciones simbólicas donde las comunidades cifran sus imaginarios de identidad. Lo antioqueño y la literatura antioqueña se definen mutuamente. Es por esto que el lector notará un ir y venir entre el análisis literario, el comentario sociológico-materialista, la discusión conceptual y la reflexión filosófica. La razón de esta estructura es que no consideramos honesto reducir el problema a un compartimiento único de la división actual del conocimiento y, por eso, lo estudiamos interdisciplinariamente. La crítica requiere tanto del análisis del fundamento empírico —histórico y económico— de los imaginarios de identidad como de los conceptos en que se han planteado.

* Egresado de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Docente de cátedra del Instituto de Filosofía y colaborador de la Emisora Cultural Universidad de Antioquia. Miembro del Grupo de Estudio Fernando González (2013-2016); andres.acostaz@udea.edu.co

** Filólogo hispanista de la Universidad de Antioquia. Ganador del programa literario *Elipsis* del British Council (2018) y beneficiario del programa de becas Belisario Betancur para cursos cortos en la Universidad Complutense de Madrid (2019). Miembro del Grupo de Estudio Fernando González (2013-2016); sebastian.gopernet@gmail.com

Comenzaremos ubicando el problema de las identidades nacionales y regionales, fenómeno característico de la modernidad política y económica. Mostraremos por qué la literatura es una fuente adecuada para estudiar la identidad en tanto imagen o imágenes de un grupo humano, y exploraremos algunas de las proyecciones prototípicas del antioqueño. Luego expondremos una serie de pasajes de la literatura antioqueña que permitirán comprender los rasgos identitarios que se han leído de manera tradicional o crítica. A continuación abordaremos una serie de elementos que consideramos reiterativos al momento de definir a Antioquia: la montaña como símbolo de arraigo, la defensa de la familia como lazo fundamental, la religión como soporte moral, el progreso como horizonte y proyección de un estilo de vida centrado en el lucro y la acumulación de capital. Complementariamente, mencionaremos algunos de los esfuerzos —igualmente integrados en la tradición— por criticar varios de estos elementos fijados. Al final, ofreceremos algunas consideraciones sobre los elementos que, luego de nuestra investigación, nos parecen fundamentales para una crítica constante de la identidad en general y de la antioqueña en específico.

Ahora bien, antes de entrar en materia queremos hacer una claridad conceptual sobre la comprensión de nuestra fuente, la literatura antioqueña, pues esta es una categoría de definición caprichosa. Con esto nos referimos a que, en principio, podría aludir al corpus total de la literatura producida en un territorio vasto por todas las comunidades que lo habitan. Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos actuales de la academia y la crítica por ampliar el contenido de la categoría, esta suele referir a un listado tradicional de autores. Nuestra tesis de partida es que estos referentes tradicionales se han cifrado así porque cimientan o critican un imaginario de identidad antioqueña, al que trataremos de acercarnos en los siguientes párrafos.

LA IDENTIDAD COMO ABSTRACCIÓN

La identidad es un problema que puede abordarse de múltiples maneras y desde distintas disciplinas. Es importante iniciar aclarando que hablaremos de la identidad como fenómeno grupal y no de la identidad en su sentido individual, psicológico; si bien esta depende, naturalmente, de los imaginarios sociales en los que se desarrolla la persona. Además, hablaremos de la identidad de *un* grupo humano arraigado a *un* territorio sobre el cual ejerce poder administrativo de carácter social y económico. *Un* grupo humano de carácter regional que se asimila y se opone a otros dentro de un marco nacional y una dinámica fundamentalmente política.

La identidad se configura como una serie de imaginarios —tipos— asociados entre sí, que representan las características humanas y culturales de una

comunidad, los distintos roles o comportamientos prototípicos. Estos imaginarios aparecen como abstracciones que permiten identificar a los individuos que forman parte de una u otra comunidad, independientemente de sus diferencias personales.

Las discusiones sobre la identidad antioqueña tienden a generar, por tanto, una oposición maniqueísta entre las posturas que aceptan y engrandecen el relato clásico de un tipo regional que iguala a todos los nacidos en Antioquia, y las que desapruueban la posibilidad o utilidad del reconocimiento de aspectos comunes o características compartidas. De entrada, reconozcamos que ambas posturas son inconvenientes para nuestros fines, porque evitan la problematización del objeto de análisis y, en esa medida, eluden un tratamiento crítico del mismo.

Las imágenes identitarias parten, entonces, de elementos de carácter empírico propios de algunos individuos del grupo, que se abstraen y se extienden al conjunto. Los elementos prototípicos son la lengua, el fenotipo —entendido como raza—, la religión, la música o la gastronomía, entre otros de carácter cultural. También se abstraen y extienden como símbolos las cualidades sobresalientes del territorio habitado; por ejemplo, la montaña. En el caso del pueblo antioqueño, los estudios sobre la identidad se han enfocado primordialmente en la pregunta por el destacado papel de este en el desarrollo económico y social del país durante el siglo XX, así lo veremos más adelante. Para responder a tal pregunta, se han realizado exhaustivas investigaciones sobre, entre otras perspectivas, la relación entre la composición racial del antioqueño y un presunto modo de producción campesino basado en el minifundio productor de café y la minería artesanal que se ha considerado único en la historia del país.¹

Esta clase de relaciones evidencian que el problema al que nos enfrentamos es global, de vieja data, y no solo ha sido preocupación de las disciplinas humanas y sociales, sino de versiones pasadas de la ciencia médica y de las élites políticas. No solo ha habido esfuerzos por comprender la historia de los símbolos, mitos y relatos que identifican al pueblo antioqueño, sino esfuerzos desde la medicina y la biología, verbigracia, por encontrar una

¹ A pesar de que los estudios del genoma humano del pueblo antioqueño ratifican que este mantuvo una endogamia reproductiva —propia no solo del aislamiento geográfico, sino del racismo y el clasismo—, el Grupo de Investigación de Genética Molecular de la Universidad de Antioquia determinó desde el año 2000 que, si bien el 94% del componente racial paterno es de origen europeo (con un 15% sefardita), el 90% del componente femenino es indígena y en ambos casos hace presencia el componente africano (Carvajal-Carmona et al., 2000). Vale la pena resaltar que los 80 sujetos que configuraron la muestra de esta investigación residían en Medellín. Si bien podían provenir de otras partes de Antioquia, esta selección muestra el criterio de selección para estudiar y definir a Antioquia a partir de las zonas centrales. No se prioriza en ningún caso la inclusión de regiones como Urabá, donde la población es mayoritariamente afrodescendiente, ni otras con mayor presencia indígena.

raza que identificara a Antioquia y sustentara una noción de superioridad o de destino manifiesto para este pueblo con respecto al resto del país, con los réditos políticos y económicos subsecuentes (Escobar, 2009). Entendiendo raza, por supuesto, no como fenómeno derivado de los distintos cruces reproductivos de la especie, y por tanto fenotipo en constante cambio, sino como conservación de una raza original que se considera superior, el fenotipo europeo conquistador, en este caso.²

Las narraciones históricas sobre el desarrollo humano de Antioquia tienden a incluir capítulos sobre las poblaciones indígenas que habitaban el territorio, y tratan de contemplar la diversidad poblacional del departamento. Sin embargo, a tal diversidad no suele responder la pregunta por el antioqueño o el pueblo antioqueño, ya que este cuestionamiento no indaga por una descripción etnográfica de los habitantes del territorio, sino por las particularidades de algunos tipos característicos: el arriero, el colonizador, el tipo del hacha, el minero artesanal, el cafetero, el culebrero o el comerciante, entre otros. Así pues, los datos empíricos derivados de la investigación historiográfica, económica, sociológica o genética suelen servir de base de apoyo de una imagen identitaria y, en principio, podría introducir cambios, refutarla o reforzarla; pero esta, en especial cuando está relacionada con una noción de superioridad o destino manifiesto de una comunidad, es fundamentalmente política, y las élites toman los datos empíricos a conveniencia. Por eso, la identidad antioqueña —entendida de manera tradicional— nunca corresponderá a un conjunto total de particularidades culturales y poblacionales dentro del territorio antioqueño. No corresponderá a los afrodescendientes ni a los indígenas. Esto en la medida en que son las élites gobernantes, políticas y económicas las que trafican con las identidades y deciden, de acuerdo con criterios de oportunidad, qué imagen, abstracción o fragmento de la historia de un pueblo se vuelve identitaria, en tanto la identidad sirve para delimitar un adentro y un afuera de ese pueblo. Esto puede rastrearse hasta los momentos genéticos de la historia del pueblo antioqueño.

Si bien el mestizaje es la realidad de las gentes que habitan Antioquia, su identificación reivindica fundamentalmente los elementos colonizadores, no los colonizados. Un relato que remite a los primeros tiempos del establecimiento de la Antioquia actual y que sobrevive hasta hoy en la tradición oral puede ilustrar este punto. Se trata del relato de María del Pardo:

² La raza, en autores como Tomás Carrasquilla, tiene una acepción más simple donde funciona como sinónimo de "pueblo" y alude a los modos de actuar, sin establecer una relación intensa con lo biológico y lo fenotípico.

Al principio de los tiempos reinaba el caos; cuando María del Pardo y sus negros emprendieron las fundaciones de los pueblos del cañón, lo único que encontraron fue desorden: "llegaron a los montes de Toledo", "se encontraron con una terrible tormenta". "Buriticá era poblado todo por indios porque antiguamente todo esto eran guayabales"; entonces comenzaron a organizar la región construyendo las iglesias y nombrando el territorio (Herrera, 2004, p. 63).

Esta memoria conservada a través del mito de María del Pardo, que puede ser la memoria de los primeros españoles nacidos en territorio antioqueño,³ habla, en la versión del Cauca, de la fundación de pueblos que instauran el orden en una tierra habitada por el caos. Perspectiva donde se entiende que la presencia indígena en el mito solo tiene el carácter de un elemento natural más, que pasa a ser ordenado por los nuevos habitantes del territorio. En la versión del nordeste antioqueño, el mito habla de la minería y del pacto entre el personaje y el diablo para hacerse con el oro de toda la zona del nordeste y encerrarlo en El Encanto, Gómez Plata, Tetóná, Yalí y en el Cañón del río Alicante, en Maceo. El personaje es cruel y dirige cuadrillas de negros para extraer el material que luego esconde con ayuda del diablo en distintas partes de la región, antes de volver a España.

Aunque el mestizaje puede leerse en la presencia de lo indígena, lo español y lo afrodescendiente, es innegable el rasgo dominante. Además, aunque los locales resaltan la presencia indígena en el territorio, esto aparece como una reminiscencia de un pasado que no tiene que ver con ellos.⁴ Herrera (2004) ve en este mito una memoria mestiza; nosotros, con Álvarez (2020), vemos una memoria del proceso de colonización donde se suprime la relación de los indígenas con el territorio y se implanta el tipo de relación que se venía desarrollando en Europa: el de la explotación capitalista. De cierta manera, el mito de María del Pardo es la exaltación, incluso con su asociación diabólica, de una visión del territorio como lugar del que se extrae riquezas, mediante la explotación de la veta, el lavado de las ricas arenas del Porce o la guaquería. Es la implantación del capitalismo que los antioqueños llevarán al resto del país en la llamada colonización antioqueña.

En esta, el elemento central ya no es la minería, sino el café, otro de los símbolos de Antioquia. Autores como el reconocido sociólogo Fals Borda (2007) ofrecen un panorama de la colonización arraigada en el cultivo minifundista del café como el único caso de cambio estructural en una sociedad donde se

³ El mito registra dos variantes. En la primera, presente en zonas cercanas al Cauca, Herrera (2004) identifica a María del Pardo con María Zafra del Centeno, considerada como la primera descendiente de españoles nacida en Antioquia y esposa de Alfonso de Rodas, hijo de Gaspar de Rodas, considerado el primer mestizo.

⁴ Tuvimos la oportunidad de escuchar esta versión del mito de boca de don Jerónimo Vasco, un minero de 83 años que reside en Gómez Plata. Esto como acompañantes en el trabajo de campo de la tesis en antropología realizada por Álvarez (2020).

produjo “el surgimiento endógeno de una clase media [...] desde abajo, sin necesidad de apoyos y préstamos externos” (p. 126). Panorama que cimienta la imagen del campesino antioqueño trabajador, autónomo, como protagonista del proceso de colonización del sur de Colombia y que fundamenta la identidad rural territorial de Antioquia. Tal versión de la colonización es compartida por autores como Nieto (1975), quien deriva de tal capacidad de trabajo de los antioqueños que estos sean “realistas, lúcidos, claros” (p. 50) y que no se embarquen en “inútiles y estorbosas discusiones políticas de contenido ideológico” (p. 49), teniendo en cambio “una muy peculiar intuición para los problemas económicos ¿un remoto semitismo?” (p. 50).

Lo que arroja nuestra pesquisa, a propósito de estos lugares comunes, es que los estudiosos mencionados mantienen una imagen de la colonización antioqueña proyectada por el trabajo clásico de James Parsons (1949), *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Para el historiador Marco Palacios (1983), esto no es más que una fábula basada en la atención selectiva a la documentación de la época. El autor, apoyado en un trabajo de archivo amplio y responsable, parte del reconocimiento de que en Antioquia se dio un “*ethos* más igualitario que el predominante en los altiplanos o en la costa atlántica” (p. 294) debido al aislamiento y a la lucha contra la naturaleza, lo cual es coherente con la idea de una clase media surgida desde abajo a partir del trabajo. No obstante, Palacios sostiene que este *ethos* y la población que respondía al mismo —ese *ethos* del hacha del *Canto del antioqueño* de Epifanio Mejía y del cuadro *Horizontes* de Francisco Antonio Cano— solo corresponde a una primera fase de la colonización relacionada con la apertura, el desmonte y las primeras siembras.

Las avanzadas de pobres que buscaban colonizar la selva para hacerse con propiedad eran financiadas por los capitalistas que luego terminaban comprando los terrenos y generando latifundios para ganado y cañaduzales, en especial en las vegas, las zonas más fértiles. Característica que no corresponde a una sociedad capitalista moderna basada en el minifundio, según afirma Bagú (1992), sino al tipo de sociedad propia del capitalismo colonial basado en el latifundio. Tipo de sociedad que parece ser, realmente, propia de los territorios antioqueños de aquel momento. Esto es anotado agudamente por Palacios (1983): “afloran entonces [luego de la primera fase de colonización] con toda su fuerza y su colorido las características originales de la sociedad estratificada que había salido en busca de oportunidades desde el sur de Antioquia” (p. 295).

Palacios no es el único autor que señala lo que podría ser la versión más completa o comprensiva de la colonización. Álvaro López Toro (1979) ya había observado agudamente que la colonización tenía sus raíces en una

clase mercantil móvil que había surgido en Antioquia gracias a una base social de pequeños empresarios y mineros libres que necesitaba acceder a los bienes que producían agricultores y ganaderos. Esta misma clase mercantil móvil se encargó de especular y encarecer los precios de los bienes para mantener al minero independiente, primero, al nivel de la subsistencia y, para empujarlo, después, mediante el empobrecimiento, a ampliar la frontera agraria.

De manera que la creación de una identidad promovida por las instancias oficiales departamentales solo tiene que ver de manera conveniente con ciertas versiones de la historia, con lo que aquí hemos llamado datos empíricos, en tanto puntos de partida o sustento para una ficción. De igual modo, imaginarios de identidad regional como el antioqueño solo corresponden selectivamente con la variedad étnica y demografía territorial. Y se hace evidente que la elección y delimitación para fines publicitarios y educativos de quién es el antioqueño se debe fundamentalmente a motivaciones de gobierno político y económico. No obstante, podemos concluir que las imágenes identitarias son, entonces, cuestiones de la política y de los soportes simbólicos que las mediatizan, como la creación literaria, que es nuestro interés central. Además, se hace evidente que la devoción por el progreso, primordialmente el económico —dejando al margen el enfoque social—, es punto de convergencia de las distintas versiones del antioqueño.

LAS IDENTIDADES REGIONALES

La relevancia de lo regional es coherente con la naturaleza moderna del fenómeno de la identidad. No hay que olvidar que nuestro tiempo es el de los Estados nación y el del desarrollo e implementación de un sistema económico mundial capitalista basado en los mercados —un ejercicio mental didáctico es pensar la identidad a manera de un tipo de mercancía o un factor para la valorización y el diseño de mercancías—, la cual llevó en el siglo XIX a la consolidación de una *gran transformación* que es fundamental para comprender la identidad antioqueña: la ubicación del lucro en términos del valor central del esfuerzo individual (Polanyi, 2011), y la paulatina fragmentación de los imperios en naciones independientes, en el marco de lo que ha sido conocido como el romanticismo político y cultural.

El romanticismo buscó, siguiendo a Pedro Henríquez Ureña (2014), abrir “a cada grupo nacional o *regional* el camino de su expresión propia, de la completa revelación de su alma” (p. 174, cursiva nuestra). Dicho factor fue fundamental en un sistema basado en la noción de unidades libres que compiten entre sí. Para ser una unidad nacional hay que tener un alma, una identidad nacional que soporte la soberanía territorial y la capacidad de

producir mercancías autóctonas. Se trata entonces de una autonomía política y económica para participar independientemente en el mercado mundial. La globalización del capitalismo se acompaña del discurso liberal de la igualdad y la democracia mundial, a lo que sucede la necesidad por parte de las comunidades de profundizar y arraigar en sus especificidades. Por esto la cuestión de las identidades nacionales y regionales se hace un tema crucial en nuestra época. Estas, por su papel en la geopolítica y la competencia económica, configuran entonces un campo de batalla simbólico que siempre puede trascender a batallas donde los símbolos cobran sangre, al ser usado por los estados para justificar toda clase de guerras.

Como Pedro Henríquez Ureña señala, el romanticismo político del siglo XIX, asociado a la independencia de las naciones, estuvo siempre vinculado a un romanticismo literario encargado de potencializar esas voces, esas *almas* nacionales y regionales que ya mencionamos. Estos tipos y personajes se construyeron a través de la descripción de sus costumbres y de los paisajes que habitaban, en lo que se ha denominado costumbrismo, y que representa, para las naciones recién fundadas, el establecimiento de su literatura nacional. En el caso de los Estados Unidos de Colombia, el *Museo de cuadros de costumbres, variedades y viajes* —publicado en 1866 por el bogotano José María Vergara y Vergara, siendo una recopilación de los cuadros que aparecieron en el periódico literario *El Mosaico* desde la década de 1850— recogió textos en los que se exponían la diversa materia humana del país y los conflictos entre sus gentes, así como novelas de largo aliento y relevancia; una de ellas, *Manuela*, de José Eugenio Díaz Castro. Ya en esta recopilación, donde no faltaron textos de autores que se consideran fundacionales de la literatura antioqueña, como Juan de Dios Restrepo —Emiro Kastos— y Gregorio Gutiérrez González, aparecen delineados varios de los tipos del antioqueño. Fundamental es la referencia a la vocación minera de Antioquia que realizan varios viajeros al cruzar en vapor el río Magdalena. Del antioqueño, resalta la relación con el dinero y el trabajo —por la cual se opone a los cachacos—, y la moralidad (Guarín, 1886), el conservadurismo católico de las costumbres, las relaciones humanas y la política (Pombo, 1886) y, finalmente, el presunto origen judío que José María Samper, uno de los intelectuales y políticos finiseculares más relevantes del país, rastrea en “una expedición de judíos de la época de Felipe III” (1866, p. 251), con lo cual justifica su analogía de que los antioqueños son “los israelitas de la Nueva Granada” (p. 251) y explica la característica de los antioqueños de ser grandes negociantes y especuladores. Así pues, para las últimas décadas del siglo XIX ya se aceptaba la existencia de un relato común que definía al ser antioqueño o, si se quiere, a la raza antioqueña, sobre lo cual ya discurremos en el apartado anterior. Es evidente que los autores fundamentales del canon antioqueño, que datan de

esta época, sentaron las bases de un imaginario que se ha reproducido hasta el día de hoy. Imaginario que entonces era el de un estado soberano dentro de una república federal, lo cual no deja de tener relevancia a la hora de observar las relaciones de Antioquia con otras regiones.

La conclusión de este apartado es que los imaginarios de identidad, si bien se basan solo parcialmente en las cualidades empíricas e históricas del grupo al que refieren, tienen efectos empíricos reales que se manifiestan materialmente en la arquitectura, en la pintura, en la escultura, en las ciudades, etc., por hablar de representaciones de tal abstracción. Hay una constante retroalimentación entre el plano simbólico de la identidad y la materialidad en que se basa, o que surge de él. No obstante, para nuestros intereses, los efectos más relevantes de estas abstracciones —la identificación con la acumulación capitalista como valor fundamental de la vida individual y social del grupo— ocurren en su realización como mentalidades que regulan el modo de relacionamiento con los otros y con el entorno. En la literatura podemos encontrar toda la amalgama de imaginarios que en distintos momentos históricos han configurado un grupo humano, los conflictos existentes entre sus tipos y las posturas que los autores —narradores, personajes o ensayistas y miembros del mismo grupo— tienen ante ellos. De modo que pasemos ahora a explorar el problema de la identidad antioqueña desde distintos hitos de su literatura.

LA IDENTIDAD ANTIOQUEÑA EN LA LITERATURA

Lo que nos interesa aquí es la literatura como discurso que narra el comportamiento de las gentes y sus escenarios, el *alma*, como se puede leer en el texto que Tomás Carrasquilla (2008) escribió a propósito de Pedro Justo Berrío en 1927. Sin embargo, tomamos distancia de la consideración de Carrasquilla en tanto para él el alma de una patria, en este caso de una porción de patria (Antioquia), es la religión. La idea de alma, difícil de someter a una definición de la identidad de un grupo, sería en términos humanos el proceso continuo donde tal grupo se reconstruye, ya sea bajo condiciones nocivas para su buen sostenimiento en el tiempo o para mejorar su estado actual de cosas: las razones, los hechos y el pensamiento de un grupo en un punto específico de su historia. Para establecer un paralelo que nos ofrezca más elementos de acercamiento a la idea de alma, pensemos en lo que la filosofía y la historiografía han llamado *espíritu de época*, noción que refiere a las condiciones genéricas de un momento de la historia. Se toma un fragmento de la historia, que es el producto de procesos que se pueden señalar y otros que pasan desapercibidos, y se proyecta a una idea.

La idea de espíritu de época rescata las líneas a través de las cuales podemos analizar una cultura. Es más bien una percepción espiritual que se apoya en estudios de carácter histórico, político, económico, social y artístico. Y con *espiritual* nos referimos concretamente a examinar la expresión popular: cómo piensa, cómo actúa, cuáles son sus patrones de comportamiento, qué discrimina, en qué cree, cómo elige, cómo se proyecta, qué personajes destaca, cómo nombra el mundo, cómo es su relación con las élites, etc. Nuestra herramienta es la literatura. En ella se preserva el alma de un pueblo, lo que nos permite destacar atributos definitorios. Es así que se puede hablar, para el caso de Colombia, de una literatura del Caribe, de literatura del Pacífico, de literatura antioqueña, entre otras, si nos restringimos solo a una definición de fronteras regionales que en ningún caso se fundamentan en comportamientos homogéneos. Todo lo contrario: lo que evidencian es la riqueza de cada región y los rasgos comunes que difuminan los límites.

TOMÁS CARRASQUILLA: EL PARADIGMA

Tomás Carrasquilla es el paradigma de las letras antioqueñas y, derivado de la vastedad de su obra y de su atención por narrar y anotar los comportamientos regionales, ha sido considerado el centro de atención al momento de concebir su identidad. ¿Supone esto la dependencia a su obra en términos de explicación de un estado del alma de Antioquia? No. Su importancia estriba en la descripción minuciosa de los tipos, de los personajes en su vínculo con el paisaje y con las ideas de época. Además, la tendencia de los pueblos cuando acuden a la literatura es la de precisar su historia. De allí la asociación de la identidad con la noción de *raíz*. ¿Qué hemos sido?, ¿a qué nos arraigamos como pueblo? En Carrasquilla estas cuestiones son palpables. Se presentan tipos que conservan fidelidad o correspondencia con modelos colectivos: formas de hablar, maneras de relacionarse, hábitos, creencias, concepciones de lo cotidiano, reflexiones sobre el territorio y a partir del territorio. Pero, sobre todo, la capacidad de transmitir un modo particular de nombrar el mundo, de componer un territorio, en definitiva, el intento por capturar un estilo de vida:

Estos contrastes entre el vivir febricitante de nuestra ciudad y el reposo de nuestros campos; este engranaje entre lo urbano y lo rústico, entre lo noble y lo plebeyo, entre las clases ricas y el proletariado; esta permuta sin tregua de los unos con los otros, habrá de ser, por nuestras condiciones étnicas y geográficas, una armonía y una fuerza. La armonía estará, cabalmente, en lo diverso de las partes; en lo heterogéneo de esta nuestra raza, medio rebelde, medio refractaria, que en cada individuo pretende acentuar su personalidad y obrar según sus dictados. Estará la fuerza en el interés colectivo y en el amor a la patria chica, a los nativos lares tan pronunciados en las regiones montañosas, alejadas de litorales y fronteras (Carrasquilla, 2008, Vol. 3, p. 400).

La cita, del texto “Sus pueblos”, define el grupo a través de aspectos del comportamiento de sus personas, al tiempo que hay una concepción de su heterogeneidad y de la tendencia a la armonía. Esta es una definición de Antioquia que proyecta un estado de cosas donde las diferencias comparten el mismo lugar si hay una noción de arraigo que las atraiga.

En este sentido, el punto fundamental de lo expresado por Carrasquilla es la necesidad de arraigo. Sin sensación de pertenencia a un lugar es imposible la identificación con el colectivo. Precisamente, sobre esta idea de arraigo, Manuel Mejía Vallejo (2012) anotó lo siguiente en su novela *La Casa de las Dos Palmas*: “El regreso a la tierra era su destino: pero una tierra donde pudieran sentirse acompañadas sus fuerzas” (p. 28). Lo anterior a propósito del deseo de regreso a la tierra de origen de Efrén Herreros, uno de los personajes de la obra. Sobre esta idea de pertenencia insiste el autor a través de Enrique, hijo del mencionado Efrén, retomando la noción de “patria”, de lugar íntimo y propio: “El hombre no puede carecer de una patria pequeña porque carecerá de antecedentes, de la amistad verdadera. Carecerá de lenguaje” (p. 47). Lo que se reafirma en la obra de Mejía Vallejo es el afecto por el lugar propio, el lugar del que procedemos, a pesar de la lucha continua con muchos de los aspectos de determinado lugar. Desde allí proyectamos el mundo y lo mencionamos de un modo particular. Y, quizá lo más relevante, el lugar propio que merecemos, uno donde el escenario sea favorable para desarrollar la vida, que no sea una carga o no implique padecimiento incensario.

Para José Manuel Arango (1999), Manuel Mejía Vallejo es la continuación de la tradición que abrió Carrasquilla: “Continuador, que no imitador ni epígono. Simplemente tomó el hilo de nuestro acontecer donde don Tomás lo había dejado. Y siguió contando, contándonos, a su propia manera” (p. 7). Dos grandes mentalidades que a través de la literatura proyectaron una región, cada uno anclado a sus posibilidades de tiempo, pero queriendo guardar fidelidad a la pequeña patria no para divinizar y ocultar sus formas reprochables, sino para comprenderla en la medida en que se nombra.

Así pues, la centralidad de Carrasquilla en el estudio de la identidad antioqueña desde la literatura se basa en su capacidad de develar las diversas personalidades, nombrar los elementos del paisaje y configurar situaciones donde hubiera correspondencia con una visión del mundo. Esto no implica que lo expresado por Carrasquilla sobre Antioquia sea su definición. Contamos con casi un siglo de distancia, tiempo suficiente para que nuevas formas de comportamiento y de pensamiento se hayan abierto camino, y las antiguas, relevantes en su momento, hayan entrado al abandono:

Valores e identidades se determinan y condicionan mutuamente. Si aquellos fluyen y evolucionan, estas cambian. Carrasquilla y los de su generación lograron definir y expresar un determinado conjunto de valores que le otorgaba identidad al pueblo antioqueño. Pero su equilibrio fue momentáneo; ahora podemos verlo como un mito bello y majestuoso (Pineda, 2015, p. 236).

OTRAS VERSIONES DE LA IDENTIDAD

Dos nombres que aportaron al desarrollo de las letras en Antioquia en el siglo XIX fueron Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía. La idea tradicional de Antioquia como una región capaz de vencer la dificultad de su territorio fue central para las composiciones de estos dos autores que, con el paso de las décadas, han quedado registrados en la memoria de lo que pensamos se considera el espíritu antioqueño. De la noción de arraigo, clave para comprender la identidad en los términos de pertenencia a un lugar, se desprende el interés por la relación que se establece entre los individuos y el territorio. A esta relación la podemos entender así: el paisaje que un grupo asume propio y, en esa medida, lo interviene y lo narra.

El hito de la intervención del territorio de Antioquia es la colonización. Esta, de la cual ya exploramos diferentes versiones desde el punto de vista histórico, expandió las fronteras y configuró una idea de paisaje determinada por la capacidad de la labor del antioqueño para domar el territorio. De allí que la literatura la haya nombrado para validar su sentido como componente fundamental de esa alma que interesa destacar. Por un lado, nos da señales de la necesidad de configurar un lugar propio para asentar la cultura, en este caso, transportarla y replicarla. Esto supone un empeño de unificación en torno a ideas compartidas de cómo habitar la tierra, configurar vínculos humanos y preservar determinados tipos de comportamiento e ideas de mundo: se pretende la unidad para replicar un modelo de hábitat. Por otro lado, implica la supremacía de la persona sobre el territorio que considerará siempre predominio de la fuerza antes que el consenso sobre cómo intervenir. En el caso de Gregorio Gutiérrez González, Antioquia está contenida en el proceso de intervención del territorio, es decir, en las relaciones establecidas con el paisaje, las cuales se expandieron en el proceso de colonización.

Ya a mediados del siglo XIX había una noción del territorio antioqueño simbolizada en una característica central de la geografía: gentes que habitan la montaña. Vamos al relato de Eliseo Arbeláez, de 1859, “Un montañés”, donde se nombra la montaña como elemento distintivo del territorio, además de la dificultad que implica para los habitantes. Estos rasgos serán fundamentales para la idea de identidad antioqueña que se institucionalizará y se difundirá:

Si usted, amigo lector, hubiera conocido a este anciano, si usted conociera los caminos solitarios que un joven andariego apenas atraviesa en nueve días, le hubiera causado tristeza, le hubiera infundido respeto la figura de este padre atormentado que emprendía sereno aquella marcha, sin más abrigo que una ruana negra cucuyana, sin más compañero que su guayacán diomate, engastado en una punta de hierro labrado a la brusca (Arbeláez, 1998, p. 221).

Antioquia define su *ethos* en la capacidad de superar las barreras geográficas y fundar una pequeña patria que mantiene una imagen de unidad frente al resto del país mediante un ideal de progreso materializado en estabilidad social y política, en prácticas, costumbres y modelos de gobierno. Asuntos reiterativos como la concepción de la familia, la identificación de Antioquia con la montaña, el apego a los valores de la religión católica y un ideal de empuje —como capacidad para el comercio y el emprendimiento, es decir, para la capitalización— son representaciones identitarias que quedan fijadas en el imaginario de lo que significa ser de Antioquia.

A la afirmación de esas nociones contribuyen los autores de época, nombrando la cotidianidad antioqueña con un tono memorable o, como lo entendía Juan de Dios Uribe (1960), dándole un tono poético a las luchas cotidianas. En los términos que hemos desarrollado hasta ahora, esto significa tratar de atrapar el modo de ser de un momento de la historia de Antioquia para que perdure a pesar del paso del tiempo, y así poder volver al relato de lo que algún día fue. De esta manera podemos leer el texto clásico de Gutiérrez González *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, publicado en 1866. En este texto se utiliza “el maíz” como elemento que reúne las características de la vida del antioqueño, con referencias explícitas a la intervención del paisaje y a un modo de producción agrícola donde resaltan la roza y el hacha, que influye directamente en los demás aspectos de la vida diaria. Esta intervención fue la gran síntesis que la literatura ofreció sobre la configuración del paisaje antioqueño. A partir de un solo elemento de la cultura, de la identidad, se explica el conjunto y se crea un relato de las costumbres que sirve de explicación del alma antioqueña.

Otra noción importante en el proceso de construcción tradicional de la identidad antioqueña es la idea de libertad. Utilizada para distintos fines, es usada por Epifanio Mejía para establecer la apertura a la comprensión del paisaje: somos libres por la posibilidad del paisaje. Esta idea simple arraigó profundamente en Antioquia, especialmente en la identificación con la montaña. El pequeño terruño como ideal de libertad, así se expresa en el “Canto del antioqueño” de 1868 que se instauró como relato oficial. La libertad se pretende a modo de un ejercicio de vivencia del paisaje. Es una formulación de apropiación para la supervivencia y para el arraigo.

Una síntesis de esta idea tradicional de la identidad antioqueña la presenta Antonio Gómez Restrepo (1960) en su “síntesis biográfica” sobre Gregorio Gutiérrez González:

En sus habitantes se observan fuertes rasgos característicos, que a veces parecen contradictorios: una infatigable actividad comercial y un acendrado espíritu religioso; un profundo amor al terruño, y un irresistible espíritu de expansión, una aspiración a difundirse aun en regiones extrañas. El pueblo antioqueño ha impreso un rasgo inconfundible en la fisonomía de la República (p. 11).

PROBLEMATIZACIÓN DE LA IDENTIDAD

Intentando tomar distancia de la versión clásica de la identidad antioqueña, y acentuando la idea de progreso, uno de sus rasgos decisivos, podemos señalar algunos escenarios de resistencia o de crítica, que tienen la finalidad de poner en cuestión versiones oficiales y ser fundamento de otro tipo de comprensión del progreso intentado con vehemencia.

Los autores mencionados son apenas una pequeña expresión de la crítica de la identidad tradicional desde diversas perspectivas. El horizonte no consiste en el desmantelamiento de la explicación del origen y la evolución de los rasgos que en el tiempo han definido a Antioquia, no se trata aquí de la manifestación del desencanto con un estado de cosas. La intención es presenciar esos discursos que, tomando una expresión de Fernando González, se han presentado a la enemiga, es decir, han plantado oposición a ideas que se consideran profundamente arraigadas, al punto de parecer inmodificables.

Advirtamos también que los nombres que se consideran del canon de la literatura antioqueña, y que han sido utilizados para implementar la idea tradicional de la identidad, muchas veces a través de lecturas parciales o intencionadas de su obra, tienen pasajes de crítica de la idea de antioqueñidad que son destacables. Un ejemplo de ello se encuentra en uno de esos escritores que han sido denominados costumbristas, denominación que en su mal uso pretende limitar la obra de un autor a una mera exposición de comportamientos típicos de eso que hemos llamado identidad tradicional. Nos referimos a Tulio González, que para algunos comentaristas literarios hacía las veces de heredero de Tomás Carrasquilla, entre ellos Mario Escobar Velásquez en su prólogo al libro *El último arriero y otros cuentos y semblanzas*. En su cuento “El último arriero” hay una crítica a la idea de progreso introducida por el diálogo de dos personajes —arrieros— que temen que la carretera que llegará al pueblo acabe con la arriería:

Llegaron, pues, los primeros carros al pueblo y las muladas se dispersaron por Salgar y el Chocó; solamente Perucho Acebedo le metió la suya a la carretera, audazmente, con gesto de soberbia y poderío. Era el único que se atrevía, entre tantos, a desafiar la velocidad arrolladora de los motores con el paso tardo y cansado de la mula. Y en las vueltas de Quebradona y la Chichita, con su veintena de animales, era el último empeño de la voluntad y el coraje de la clase arriera para oponerse a la nueva etapa que la civilización iniciaba en aquellos mundos (González, 1986, p. 59).

Si bien hay un eco de nostalgia por la tradición perdida, una exaltación por un estilo de vida, hay una pugna contra el afán de progreso que interviene las vidas de los territorios a veces destruyendo los lazos sociales. No se pone en cuestión la necesidad de conectar el territorio, sí el modo de obrar, es decir, la intención que empuja las empresas del progreso, uno que no escucha los efectos de su proceder. No se trata pues de una actitud conservadora que añore una Antioquia ideal sin cambios en las expresiones de la cultura; la tarea es someter a juicio las prácticas que se derivan de la constante mentalidad antioqueña de pujanza y empresa.

Los siguientes puntos tratan dos aspectos de relevancia. El primero, una postura crítica frente a la moral tradicional, o si se quiere de la mentalidad que fundamenta las prácticas, esto a través de Fernando González. El segundo, la actitud rebelde que se lee en pasajes nadaístas.

FERNANDO GONZÁLEZ: CRÍTICA A LA MORAL

Una figura destacada de la crítica a la moral tradicional antioqueña es Fernando González. Cuando hablamos de moral nos referimos a la valoración de mundo, en este caso, de un grupo. Por ello también podemos hablar de mentalidad: ¿cómo juzgamos al mundo? ¿Mediante qué contenidos? Una respuesta rápida, que para Fernando González será eje de su crítica, es el clero, el cual ha modelado una idea de Colombia y, claro está, de Antioquia. En *Viaje a pie* se realiza un recorrido y una descripción por una fracción de lo que fue la colonización antioqueña del suroriente. Esto a través de la observación de las costumbres, ejercicio que permite detectar las prácticas de los grupos como la mentalidad que está detrás de ellas. De allí que el autor sea un cronista de su espacio que se atreve a emitir juicios sobre la cualidad de los comportamientos de sus habitantes. En otras palabras, rastrea elementos de la personalidad de los pueblos. Para nuestros fines son equivalentes alma y personalidad, términos que refieren a la identidad.

Fernando González valora el esfuerzo, la superación y el ánimo como actitudes de la personalidad. Todo esto en el marco de un proyecto integral de desarrollo de conciencia, expresión de la grandeza de los pueblos. Para González, el ideal de progreso es uno de conciencia total que tiene que ver

con aspectos culturales, políticos, reflexivos y económicos. González admira toda voluntad de esfuerzo y superación, es una apuesta vital; pero no bajo la forma que se ha dado en Antioquia, como una labor que solo persigue fines de enriquecimiento monetario.

La moral conservadora cultivada por la religión católica en Antioquia se conjuga con un proyecto de crecimiento económico profundamente liberal que suele carecer de limitaciones éticas. Los tipos humanos surgidos de esta contradicción tan fecunda serán de gran interés para González, quien reflexionará sobre su naturaleza y potencial. El filósofo tipifica lo anterior en el apunte “Estudio acerca del antioqueño, para que el Rector de la Universidad Grancolombiana lo entregue a sus discípulos” del libro *Los negroides* (2014a):

Hasta hoy ha vivido el medellinense bajo motivación netamente individualista: conseguir dinero para él; guardarlo para él; todo para él (p. 90). Ni un solo hombre gordo se ha desencarnado aún. Pero lo único prometedor que tiene Suramérica es él, el antioqueño. Todas las fundaciones, sembrados, edificios, etc., que hay en Colombia, o son de él o de extranjeros (p. 91). Lo primero que retira de su almacén el medellinense es con qué comprar “local en el cementerio de los ricos”; lo segundo es “para comprar manga en El Poblado” y lo tercero es para comprarles el Cielo a los Reverendos Padres... ¡Gente verraca! (p. 92).

Con ironía se hace mención del tipo medellinense, extensión o síntesis del antioqueño. A pesar de sus fines cegados por el empeño en adquirir dinero, González admite el potencial de Antioquia si transformase sus motivaciones. En *Viaje a pie* (2014b) ya había consignado esta crítica a través de la idea del hombre gordo, el de la moral de ganancia:

Entonces vimos claro el significado del hombre gordo. Este es un producto del trópico, así como las cucurbitáceas que cubren las tierras de El Retiro. El hombre gordo es el hombre exagerado; carece de lo que llamaban los clásicos y los moralistas antiguos el sentido de medida [...]. A los antioqueños los domina un deseo o una idea y se desparrraman (pp. 84-85).

El sentido de rebeldía que nace con Fernando González se fundamenta en su crítica de las costumbres. Su queja es contra la moral que tramita la vida en clave de la relación clero-dinero. La crítica es la exposición del inconformismo con el modelo del antioqueño que se reproduce y que niega la posibilidad de un desarrollo auténtico de los individuos y los pueblos, es decir, un desarrollo vital integral.

NADAÍSMO: CONTRA LA TRADICIÓN

La segunda mitad del siglo xx ve nacer un movimiento cultural que postuló su inconformidad con la visión tradicional de Antioquia. Tal experiencia se

denominó nadaísmo. Su crítica se centró en el rechazo de formas y expresiones consideradas arraigadas: formas institucionales, situación moral, expresiones culturales, etc., que impedían una conciencia de apertura artística y social en la época. Si bien hay matices de crítica de las instituciones políticas, religiosas y económicas, se entiende que fundamentalmente el movimiento intentó una distancia con la visión tradicional de la cultura antioqueña. Contra una estructura donde la religión y el lucro constituían la base y la directriz de comportamiento, el nadaísmo respondió con rebeldía, tratando de empujar una recomposición de valores. Tal reinención cultural solo era posible, en el nadaísmo, con un tono directo de denuncia.

Si bien el nadaísmo no fue exclusivo de Antioquia, sino que se extendió a otras regiones del país, sí se reconocen alusiones directas a esta región que socavan la construcción histórica de su moral. Además, cabe agregar que la década de 1960 representó una apertura a nivel internacional gracias a movimientos, de diverso tipo, de reclamaciones de derechos y de apertura artística. En este contexto el nadaísmo irrumpió en una sociedad pacata, temerosa todavía de aceptar la crítica de sus fundamentos de comportamiento y su noción de cultura. La experiencia de rebeldía nadaísta no superó un esquema de queja y de inconformidad juvenil, apelando a la literatura como herramienta de irreverencia, lo que se conjugó con manifestaciones públicas que buscaban ganar la atención e incomodar a la sociedad —para ellos, aferrada a la tradición—.

Un texto que nos sirve para destacar la crítica nadaísta a la identidad antioqueña es “Medellín a solas contigo” de Gonzalo Arango. El texto aparece en el volumen *Sexo y Saxofón*, incluido en *Obra negra*. En este relato se nombra a la ciudad desde una relación de ambigüedad, semejante a la que podemos utilizar para mencionar el vínculo con la identidad antioqueña: el rechazo de formas que consideramos obsoletas por su determinismo en medio de la enunciación del afecto por el lugar propio. Detengámonos en el siguiente pasaje:

¡Oh, mi amada Medellín, ciudad que amo, en la que he sufrido, en la que tanto muerdo! Mi pensamiento se hizo trágico entre tus altas montañas en la penumbra casta de tus parques, en tu loco afán de dinero. Pero amo tus cielos claros y azules como ojos de gringa. De tu corazón de máquina me arrojabas al exilio en la alta noche de tus chimeneas donde sólo se oía tu pulmón de acero, tu tisis industrial y el susurro de un santo rosario detrás de tus paredes. [...] Eres endemoniadamente astuta para conservar la vigencia de tus estúpidas tradiciones. No admites cambios en tu poderosa alma encementada. Solo te apasiona la pasión del dinero y aforar bultos de cosas para colmar con tus poesías los supermercados (Arango, 1974, pp. 122-123).

La referencia de Arango a Medellín enuncia aspectos que ya se han mencionado en este capítulo y hacen parte de un esquema tradicional de comprensión de la identidad. El nadaísmo significó una arremetida que poco a poco se fue agotando en su afán; no obstante, para el momento histórico, mostró con irreverencia un desgaste, especialmente en la juventud, de los contenidos tradicionales de la cultura antioqueña y nacional. Contenidos que sufrirán una transformación luego de la convulsión social que produjo en Antioquia la participación en uno de los grandes negocios contemporáneos: el narcotráfico.

CONSIDERACIONES FINALES

Los pasajes literarios analizados utilizan los discursos y símbolos identitarios como material de construcción de la obra. En algunos casos son defensas evidentes de un modelo determinado de comprender a Antioquia o aparecen como ataques a la tradición; en otros casos, son solo el paisaje sobre el cual se reconocen los elementos literarios. No se trata de contraponer una literatura que defiende la noción tradicional de la antioqueñidad a una literatura que se presenta como oposición y crítica. Incluso, muchos de los autores que están emparentados con la versión tradicional de la identidad antioqueña, por los elementos de su obra, criticaron a su vez varios de sus componentes. De allí que sea difícil e innecesario pretender un derrotero de nombres para defender o desmontar el relato de la identidad de Antioquia. La labor de un estudio como el aquí presentado consiste en ir al texto literario para hallar el desarrollo de la idea de Antioquia con el fin de señalar sus rasgos constitutivos. Tales rasgos deben ser despojados de un carácter de inmutabilidad. No hay que subestimar la influencia de lo simbólico en lo material. Así, el pueblo antioqueño, aunque sea étnicamente mestizo, no deja de identificarse con los valores culturales de los colonizadores —de aquí lo agudo de Fernando González al señalar que las empresas económicas sean de los antioqueños o los extranjeros— y de un modelo económico que implica una relación de dominio y lucro con el territorio, un modelo extractivista que, en el mito de María del Pardo sobre el Nordeste se concretaba mediante la minería, y hoy lo hace mediante la extracción hidroeléctrica.

Por otro lado, a pesar de que la vocación capitalista del antioqueño parezca tener una trascendencia innegable y su relación con una noción de progreso estrictamente económico se mantenga hasta hoy, no se puede naturalizar este elemento como algo esencial. Más bien, estos elementos deben ser sometidos a un análisis que los comprenda en su contexto de surgimiento, en su desarrollo y pertinencia para el presente y el futuro de la comunidad antioqueña.

Por lo anterior, consideramos necesaria una mirada sobre la literatura antioqueña actual con el fin de hallar elementos que den cuenta de la actualización de la idea de identidad, de su reconfiguración continua. Por ejemplo, así como en la literatura se afirmó la existencia de una Antioquia exclusivamente identificada con la montaña, hay que mostrar la literatura que menciona esas otras geografías que han padecido la marginalidad. Un esfuerzo importante lo reconocemos en Mario Escobar Velásquez, que en su literatura le da un lugar de relevancia al Urabá antioqueño, como en su texto clásico titulado *Marimonda*. Al igual que en Tomás González en *Primero estaba el mar* o en Javier Echeverri Restrepo en *Sangres marcadas*, por dar unos ejemplos.

Superar la imagen que define a Antioquia como región exclusivamente montañosa es un paso importante en la redefinición de la idea de identidad. Se insertan rasgos identitarios que hay que leer en términos de condiciones actuales de los grupos sociales, no como proyecciones idealizadas en un pasado. En esta misma dirección hay que otorgarles importancia a otros aspectos que se mencionan en la literatura a propósito de Antioquia. Un ejemplo de esto, el tratamiento de la violencia rural y urbana en distintas épocas, así como la conexión entre ambos fenómenos.

La literatura antioqueña es un escenario donde encontramos características decisivas de Antioquia, pero no por ello debe entenderse como una literatura para impulsar una idea de región. El ejercicio literario implica libertad artística, y en esa libertad, por su riqueza de expresión, personajes, situaciones, símbolos, conflictos, podemos rescatar notas distintivas de las regiones.

Un elemento fundamental para el estudio descriptivo de los distintos imaginarios de identidad de Antioquia y sus habitantes es la pesquisa de la mayor cantidad posible de producciones simbólicas surgidas en el territorio. Aumentar el corpus de lo que entendemos por literatura antioqueña nos permite ampliar la imagen de quiénes son los habitantes de Antioquia y cómo se relacionan con el territorio, o, simplemente, de qué creen y crean. Solo tal estudio permitiría una crítica racional y oportuna a los elementos de identidad que han definido y definirán el papel de Antioquia y sus habitantes con respecto a la nación, al mundo.

Como reiteramos a lo largo de este capítulo, es evidente la parcial trascendencia de la investigación histórica, etnográfica, sociológica y literaria para el establecimiento del imaginario regional. Hasta ahora han estado por fuera comunidades que hacen parte de la Antioquia geográfica, social y económica, tales como las comunidades indígenas, afrodescendientes, e incluso las mujeres. Esto se evidencia, por la correspondencia que

hemos mostrado, en el canon literario de la región. Consideramos que el papel de la academia debe ser propender por un imaginario regional más comprensivo que abarque, en lo posible, la totalidad de Antioquia para tener un autorreconocimiento de una historia cada vez más amplia con un rango de personajes que necesariamente se ha transformado y se seguirá transformando con el paso del tiempo. Esto nos permitirá tener una apreciación adecuada de nuestro papel con respecto al país y al mundo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez, D. (2020). Relaciones simbólicas en torno al oro en el territorio de la cuenca alta del río Porce. Una reconstrucción desde la arqueología, la historia y la oralidad (trabajo de pregrado). Medellín: Universidad de Antioquia.
- Arbeláez, E. (1998). Un montañés. En J. Molina. *Antioquia literaria* (pp. 219-222). Medellín: Colección Autores Antioqueños.
- Arango, G. (1974). *Obra negra*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé.
- Arango, J. M. (1999). Prólogo. En M. Mejía Vallejo. *Poesía* (pp. 7-15). Medellín: Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina. Concejo de Medellín.
- Bagú, S. (1992). *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*. (M. Hidalgo, Ed.) (1ª ed.). México, D.F.: Editorial Grijalbo S.A.
- Carrasquilla, T. (2008). *Obra completa*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Carvajal-Carmona, L., et al. (2000). Strong Amerind/White Sex Bias and a Possible Sephardic Contribution Among the Founders of a Population in Northwest Colombia. *American Journal of Human Genetics* 67 (5), pp. 1287-1295.
- Escobar, J. C. (2009). *Progresar y civilizar: imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
- Fals Borda, O. (2007). Entre los paisas: reconociendo su misión en la historia. *Aquelarre* 6 (11), pp. 125-137.
- González, F. (2014a). *Los negroides*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
- González, F. (2014b). *Viaje a pie*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
- González, T. (1986). *El último arriero y otros cuentos y semblanzas*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura.
- Gómez, A. (1960). Síntesis biográfica. En Gutiérrez, G. *Obras completas*. Medellín: Editorial Bedout. pp. 11-12.
- Guarín, D. (1886). Felipe. En J. E. Díaz Castro. *Museo de cuadros de costumbres*, volumen 1. (pp. 26-33). Bogotá: F. Mantilla. Recuperado de <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll10/id/2516> [16/12/2019].
- Gutiérrez, G. (1960). *Obras completas*. Medellín: Editorial Bedout.
- Henríquez Ureña, P. (2014). *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (4ª ed.). México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Herrera, C. (2004). María del Pardo y el demonio que dejó sus huellas en las piedras. Memoria e imágenes contemporáneas en el cañón del río Cauca, Antioquia, Colombia (trabajo de pregrado). Medellín: Universidad de Antioquia.
- López Toro, A. (1979). *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX* (3ª ed.). Medellín: Ediciones Hombre Nuevo.
- Mejía Vallejo, M. (2012). *La Casa de las Dos Palmas*. Bogotá: Planeta.
- Nieto, L. (1975). *El café en la sociedad colombiana* (1ª ed.). Bogotá: Tiempo Presente.

- Palacios, M. (1983). La fábula de la colonización antioqueña. En *El café en Colombia, 1859-1970. Una historia económica social y política* (pp. 293-317). Bogotá: El Áncora Editores.
- Pineda, A. (2015). *Tomás Carrasquilla: vida, creación e identidad antioqueña*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Polanyi, K. (2011). *La gran transformación: Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (primera reimpresión). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pombo, M. (1886). Los Diablitos. Fiesta popular de la Ciudad de Antioquia. En J. E. Díaz Castro. *Museo de cuadros de costumbres*, volumen I (pp. 70-76). Bogotá: F. Mantilla. Recuperado de <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll10/id/2516> [16.12.2019]
- Samper, J. M. (1866). De Honda a Cartagena. En J. E. Díaz Castro. *Museo de cuadros de costumbres*, volumen III (pp. 246-268). Bogotá: F. Mantilla. Recuperado de <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll10/id/2512> [16.12.2019].

Fuente:

Memoria cultural de nordeste antioqueño

María Stella Girón López

(Coordinadora académica)

<http://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/17140>